

COLECCIÓN
CIENCIAS HUMANAS

DANIEL MUNDO

**VARIACIONES
SOBRE
EL PORNO**

Sexo y vínculo en la era de los medios

DEDALUS 

Mundo, Daniel

Variaciones sobre el porno. Sexo y vínculo en la era de los medios,
1a ed., Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Dedalus, 2018.
206 p.; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-3744-08-2

1. Pornografía. 2. Comunicación Social. 3. Internet. I. Título.
CDD 302.23

© 2018 Daniel Mundo

© 2018 Dedalus Editores

Paraguay 3034, 3°D, Buenos Aires, Argentina.
info@dedaluseditores.com.ar, dedalus.editores@gmail.com
www.dedaluseditores.com.ar

1ª edición: enero 2018

Diseño: Alejandro Crudele
Diagramación: Ariel Shalom

ISBN 978-987-3744-08-2

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, digital, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

| | |
|--|-----|
| Agradecimientos | 7 |
| Presentación | 15 |
| La filosofía del Futuro | 27 |
| Masa crítica | 37 |
| Pornografía | 49 |
| ¿Antipornografía? | 73 |
| Crítica intrascendental | 79 |
| Pequeña teoría de la evolución mediática | 85 |
| Pre calentamientos | 89 |
| ¿Qué es un ½? | 105 |
| ¿Proyectan los ½s acaso humanos virtuales? | 113 |
| ¡Gozar! Es tan parecido a matar | 116 |
| Técnica-Medios-Masa | 130 |
| Ser cyborg | 139 |
| Registro | 159 |
| Virtual | 170 |
| Acabamiento: a® | 182 |
| This is The End | 188 |
| Anexo: Glosario para cyborgs | 191 |

AGRADECIMIENTOS

Este libro no hubiera podido ser escrito sin las cientos de “páginas” o “sitios” porno que existen en Internet. A sus creadores, a todos y cada uno de los actores que posibilitaron que esas imágenes se crearan y llegaran hasta la pantalla, nuestro agradecimiento.

Quiero agradecer también a Peter Bultmann y a mi editor español Francisco Ochoa por la colaboración en la compra y traslado de libros desde Europa. Ellos me permitieron leer textos a los que de otro modo no hubiera tenido acceso. Quiero agradecerle a Yaqui Setton por abrirme la institución que dirige para llevar a cabo una encuesta entre jóvenes muy atentos. Varias ideas del presente libro fueron presentadas de modo abreviado en artículos de revistas especializadas, en notas periodísticas de difusión masiva, en congresos y jornadas. Agradezco especialmente a Washington Uranga por permitirme utilizar ese espacio tan plural que es La Ventana, la sección del diario *Página 12* que se abre los miércoles. También a “Quique” de la Calle quiero agradecerle de manera particular por la invitación que me hizo para escribir una especie de columna en la Agencia

de Noticias Paco Urondo. Ambos aceptaron publicar todos los artículos que les envié, incluso si rayaban la ciencia ficción. Muchas de las páginas del libro fueron leídas y elaboradas en el grupo de investigación con el que nos reunimos a trabajar desde hace años. Agradezco a Sabrina Barbalarga, Mariela Genovesi, Ana Centeno, Vanina Agostini, María Florencia Marciani, Lucas Bazzara, Mauro Greco, Maximiliano de la Puente y Ariel Idez el aliento y la paciencia de releer textos ilegibles. El Glosario que figura como un anexo lo escribimos en conjunto con María Florencia Marciani: salió como en un rapto de libertad. Agradezco también a Gustavo Aprea, que leyó algún capítulo y aportó sugerencias valiosas. Por último, pero no por eso menos importante, más bien al contrario, quiero agradecer al equipo editorial de Dedalus, en especial a Ariel Shalom, no sólo por la publicación del libro sino por cómo nos ayudaron a mejorarlo y corregirlo. Los errores o fallas argumentativas, por supuesto, hay que cargarlas a nuestra cuenta.

Le agradezco a mi mamá la posibilidad que tengo de pensar estos temas. No recuerdo que en mi adolescencia me haya prohibido alguna vez ver pornografía o me haya censurado la rutina de la masturbación. Sería falso decir que me haya alentado a desarrollar mi sexualidad: eran los años de la dictadura.

No sé cómo agradecerles a Franny y a Nina su paciencia innegociable, y cómo pedirles disculpas. Supieron sobrellevar con valentía al padre que no eligieron, y me enseñaron un camino de amor incomprensible. Junto con el final del libro llegaron otros finales a mi vida. Sería injusto no dedicarle este libro a Lety, y agradecerle también su estoicismo para acompañar mis “locuras”. Es un agradecimiento especial porque sin ella la evolución de la idea que domina este trabajo no hubiera podido ni siquiera bosquejarse. Sin las presencias constantes de estas cuatro mujeres, sin sus gracias lumínicas, no nos hubiéramos atrevido a ir muy lejos.

VARIACIONES SOBRE EL PORNO

“Investigar la realidad significa
investigar lo que no hay y es
incomprensible”

KAZIMIR MALEVICH

“El hombre se convierte, por así
decirlo, en los ÓRGANOS SEXUALES
del mundo mecánico, del mismo modo
que la abeja lo es del mundo vegetal,
fecundándolo y creando siempre
formas nuevas”

MARSHALL McLUHAN

La serie de imágenes caprichosas que acompañan o tensionan los siguientes ensayos argumentados representan un mundo y una sociedad que desaparecieron. Nosotros las miramos con sorna, nos parecen graciosas, no nos excitan ni nos perturban. Tal la dimensión de la transformación orgánica que hemos vivido.

PRESENTACIÓN

La presente interpretación del porno se propone comprender lo que podríamos creer una obviedad, un dato evidente: ¿qué efectos tiene su consumo? No somos ni los primeros ni los últimos que intentarán responder semejante pregunta. Sólo que para nosotros esos efectos no se relacionan con patologías psíquicas o desviaciones sexuales, sino con lógicas de vinculación mediatizadas. Los rasgos constitutivos del género dan cuenta de la lógica multimediática que deseamos instituir como la manera normalizada de entrar en comunicación con otrxs. Partimos de la premisa de que somos individuos mediatizados. Y de que “individuos mediatizados” remite a un tipo de individuo masivo o masificado que construye muchas de sus subjetividades por algún tipo de mediación tecnológica. Él mismo, su existencia, debe pensarse como un nodo o medio de vinculación. La subjetividad es siempre el producto de los dispositivos que caracterizan a su época, y si algo caracteriza a esta época tan ecléctica y cambiante son los multimedios de vinculación de masas como dispositivo primario de nuestra socialización. La voluntad, el cálculo pedagógico, los objetivos conscientes,

vienen muy por detrás de estos dispositivos, acciones y efectos inconscientes o semiconscientes que modelan nuestra subjetividad. La pregunta maestra de nuestra interpretación tal vez podría formularse así: ¿por medio de qué efectos se modula y modela nuestra subjetividad? ¿Por medio de qué lógica nos vinculamos intersubjetivamente en tanto individuos mediatizados? El porno *representa* esa lógica.

La pornografía o el porno, por lo menos tal como lo entiende el sentido común, es un género audiovisualiterario que muestra sexo explícito. ¿Quién no sabe esto? Lo que nosotros creemos es que muchas veces, y en este tema de manera sistemática, el hecho de que sepamos algo con tanta claridad, de que nos resulte tan obvio, significa que este saber funciona más como un dato distractor que como una información certera para comprender el fenómeno. Si ya sabemos lo que es, ¿para qué interrogarnos sobre ello? Nuestra vida cotidiana, y también nuestro pensamiento y nuestras percepciones, están gobernados por prejuicios, perceptos y obviedades por los que no nos preguntamos. ¿A qué creemos que se refería Wittgenstein cuando declaraba hace casi cien años que la filosofía tenía por delante una única tarea: interpretar los fenómenos obvios?¹ ¿Pensamos que usaba el término “obvio” como una metáfora para referirse a acontecimientos en verdad inefables, a significados profun-

¹ ¿En qué pensarían G. Deleuze y F. Guattari, hará unos cincuenta años, cuando en el *Anti-Edipo* hablaban de “la representación antropomórfica del sexo!” que supone el psicoanálisis y que Freud rubricó? Afirmaban que: “Lo que llamamos representación antropomórfica del sexo es tanto la idea de que hay dos sexos como la idea de que sólo hay uno”. A eso le oponían “el sexo no humano: no uno ni siquiera dos sexos sino n sexos... por todas partes una transexualidad microscópica... capaces de entrar unos en otros, unos con otros, en relaciones de producción de deseo que trastocan el orden estadístico de los sexos... El esquizoanálisis es el análisis variable de los n sexos en un sujeto”. No sé qué “representaba” para ellos “n sexos”, pero seguro que no afirmaban semejante cosa para terminar en una guerra civil declarada de género.

dísimos, a cuestiones trascendentales? ¡Cuánta ilusión puesta en juego! Estamos aquejados por el mal de la sobreinterpretación. Para comprender el porno debemos suspender los juicios que pesan sobre él, no debemos ni condenarlo ni absolverlo. Quizás sólo así seamos capaces de revertir la dirección que tomó nuestra revolución digital.

Si lo resumiéramos en un enunciado quedaría dicho así: el individuo mediatizado representa la encarnación más fiel posible de las masas postmetafísicas o tardocapitalistas. La pornografía era un género menor y despreciado del campo audiovisualiterario en la Época Moderna; el porno, en cambio, es la lógica de vinculación de las masas mediatizadas en el capitalismo tardío. Ambos conceptos, pornografía y porno, se usan como, y *son*, de hecho, sinónimos; nosotros no nos proponemos refutar o discutir semejante creencia. Por cuestiones analíticas vamos a imaginar que remiten a distintos momentos históricos. Lo que ocurre es que la liviandad en la definición de estos términos podría considerarse proporcional a nuestra incomprensión del fenómeno. Lo vemos reflejado en la serie de importantes autores que definen a nuestra sociedad como porno o pornográfica, dando siempre por sabido qué significa en realidad lo que ellos suponen. ¿Alguien con un mínimo de sentido común sería capaz de afirmar que no sabe qué es la pornografía? El signo obvio no requiere de ningún tipo de explicación, se entiende por sí mismo, su comprensión es inmediata, casi automática. Y cuando hablamos de porno, redundan los prejuicios. Lo que intentaremos evidenciar son los conceptos que encierran estos prejuicios. Debemos en algún momento, seguramente, preguntarnos por la sexualidad que encubren estas frases hechas y estos lugares comunes. Esa *cosa*, la sexualidad, que también definimos de manera automática, pues ¿quién no sabe qué es la sexualidad? ¿Qué sexualidad *tiene*? ¿Qué sexualidad *le gusta*? No debemos olvidar, como hace la vulgata psicoanalítica o el

sentido común psicologizado, que para Freud la sexualidad era un problema al que había que interrogar, no el abracadabra que resolvía todos los problemas. La sexualidad no consistía para él en una entidad claramente delimitable; la suponía más bien como una incertidumbre ontológica, una vacilación del ser que nos abismaría en un territorio inexplorado —e inexplorable, quizás. Cuando el sentido común despacha de buenas a primeras una cuestión que afecta como afecta (como un terremoto psíquico) a la sexualidad, debemos sospechar que allí late una energía que pretendemos sofrenar y negar. Esas cosas por las que no-nos-preguntamos constituyen el cemento que vincula los elementos que pueblan nuestra realidad. La pornología, nuestra ciencia, es una disciplina rigurosa.²

Por un lado, hay un significado *obvio* en cuanto nombramos la palabra pornografía, una idea más o menos asentada de que la pornografía ratifica hasta la redundancia prejuicios de género, reafirma prácticas sociales y sexuales que en otros órdenes fueron cuestionadas e invertidas, nos expropia del placer y nos impone una sexualidad atrofiada. Consumir pornografía todavía nos degrada como seres humanos y nos vuelve adictos a signos que no tienen más valor que lo que exponen y exhiben. Esta

² Esperamos que al final de los presentes ensayos de definición quede claro que porno y pornografía remiten a dos momentos o niveles diferentes de registro. Para nosotros ambos conceptos *no son* sinónimos. Es decir, una vez más: lo son, está más que naturalizado que se usen como sinónimos, pero también pueden significar otra cosa. La pornografía es un género, el porno ya no. Como lo hace notar J. Sáez: la pornografía “es un género (literario o cinematográfico) que produce género (masculino/femenino)”, en “El macho vulnerable: pornografía y sadomasoquismo”, *Revista Hartzta*, <http://www.hartzta.com/fist.htm>. A nosotros este pasaje de género a género nos interesa además porque de la pornografía a “el” porno, que es la deriva que nosotros haremos, no sólo se masculiniza el género sino que estrictamente deja de ser un género y pasa a ser una lógica de vinculación. No olvidemos que para el mismo Freud la dicotomía sexual hombre/mujer no cumple ninguna función en el inconsciente. La pornología es un concepto que hasta donde sabemos fue inventado por Gilles Deleuze. Según su elucubración, Sade y Sacher-Masoch, los fundadores de esta ciencia, no son pornógrafos sino pornólogos.

obviedad está cargada de prejuicios, prejuicios que incluso gobiernan prácticas “libertarias” postpornográficas y progresistas que persiguen los mismos objetivos que la serie comercial más mainstream: el placer del telespectador. Ambos proyectos político-culturales enfrentados, el sentido común comercializado y las prácticas postporno, objetivan a la pornografía como su enemigo. Tenemos que ser claros: no es una alternativa estética la que hay que inventar, no es un problema de belleza o fealdad; es una alternativa lógica: el problema es qué tipo de vínculo deseamos entablar. La lógica porno subyace al texto, pero no porque esté “debajo” de él como la esencia se encontraba invisibilizada “detrás” de la apariencia, sino porque constituye una dimensión del texto que no se ve cuando miramos la pantalla. No la vemos y sin embargo, o justamente por ello, organiza nuestra percepción, nuestra sensibilidad y nuestros afectos. Si mantenemos el debate en la estética, si reducimos el problema a quién o qué es deseable y quién o qué no es deseable, más allá incluso de los patrones de belleza establecidos, podremos regocijarnos en nuestro denunciado, pero no comprendemos lo que se está poniendo en juego en este momento histórico. Lo único que se conseguirá es pisar el acelerador cuando tenés al otro viniendo de frente directo hacia tu paragolpes.

Para desprejuiciar este sentido común hay que practicar una crítica realista e intrascendental. Intrascendental porque se encuentra más acá y no más allá del signo, es lo que soporta y exhibe al signo, no proviene de lo que el signo exhibe o demuestra. Realista significa que intentará sustraerse de todas esas estratagemas de ilusión que al regodearse en hablar de pornografía no reflexionan sobre lo que es el porno (tal vez fuera más correcto hablar de una crítica naturalista, si por naturalista entendemos una crítica radical que concibe la totalidad de lo existente como una emanación de la naturaleza, y a la naturaleza como una energía gobernada por lógicas o leyes me-

CRÍTICA NATURALISTA. La crítica naturalista concibe la totalidad de lo existente como una emanación de la naturaleza, como si la naturaleza fuera el principio y el fin de todo lo vivo. La libertad de la especie humana se ve determinada o sobredeterminada por leyes naturales ingobernables y por el entorno físico o medioambiente. Cualquier ser vivo mantiene un diálogo intenso de apropiación y transmutación con su entorno. Para la crítica naturalista la naturaleza en general y la naturaleza sexual en particular están gobernadas por lógicas o leyes mecánicas, tal como las imaginaron los “investigadores de la naturaleza” entre los siglos XVII y XIX. A la crítica naturalista le resulta indiferente la clásica diferencia entre lo bello y lo feo, como también los criterios objetivos o subjetivos que distinguen entre lo que gusta y lo que no gusta. Si la moral guarda una relación con la estética o con la lógica es tan sólo para rebatir sus valores.

cánicas que funcionan más allá de la voluntad humana). El juicio sobre el porno suele tomarse con mucha anterioridad a la exposición a él. Es gracioso y triste que un reputado e influyente historiador del arte como Ernest Gombrinch plantee que la imagen pornográfica constituye el mejor ejemplo de la imagen realista, no sólo por los requerimientos formales y figurativos que la caracterizan, sino porque además responde a instintos básicos del ser humano (“bajos instintos” los llama él). Habría una especie de contacto directo entre los “bajos instintos” y las imágenes, como si esas imágenes monótonas no requiriesen ni un mínimo esfuerzo de decodificación (de aquí la imposibilidad de que un signo porno se vuelva un signo artístico o un signo de pensamiento). Lo que “ocultan” esas imágenes repetitivas, obvias, redundantes, es lo que nos proponemos develar, teniendo presente lo que Jean Baudrillard planteó con respecto a los iconoclastas, pues “es muy arriesgado desenmascarar unas imágenes que disimulan el vacío que hay detrás de ellas”. Cuanto

más pregnantes y de fácil comprensión, más disimulan lo que desean ocultar. Y ¿qué signo mejor que el del porno testimonia ese vacío? Creemos que vale la pena correr el riesgo de desenmascararlo. Porque el vacío que encubre es contagioso, hasta tal punto que muchas veces exige que se lo colme de sentidos para no perder su poder de licuefacción o nihilización. Lo peor que podríamos hacer es intentar darle o inventarle un significado a ese vacío, como suelen hacer sin quererlo los análisis tradicionales de la pornografía. Pero entonces ¿qué? ¿Repetiremos la nada misma? ¿Un libro denso para no decir nada? La respuesta la dará el lector cuando termine de interpretar estas variaciones.

Está en discusión si la pornografía viene o no a perturbar una sexualidad que sin ella sería normal y sana, porque la sexualidad es tan ambivalente, densa, contradictoria, positiva y negativa como lo es la misma pornografía. Podemos interpretar que la pornografía tanto crea modos de practicar y de desear la sexualidad como que viene a completar un deseo que sin ella quedaría insatisfecho. La ilusión humanista que cree que el ser humano es el espécimen vivo más evolucionado, que ahora habría que preservar de su extinción y sus perversiones (uno de cuyos ejemplos es el porno), nos hace creer todavía hoy en día que una sexualidad es correcta y buena, y otras sexualidades son malas y dañinas (las sexualidades postpornográfica y para-pornográfica están empezando a considerarse unas buenas sexualidades; la sexualidad pornográfica, en cambio, sigue estigmatizada). ¿Quién puede en el universo postfoucaultiano continuar pensando en estos términos? Nuestra crítica realista o naturalista debería superar o resistirse a cualquier exclusión, porque con la primera sanción el crítico terminará sustrayéndose de lo que critica y criticando desde la exterioridad. Cuando partimos, como hace Giorgio Agamben, de que “actualmente no hay un solo instante en la vida de los individuos que no sea

modelado, contaminado o controlado por algún dispositivo”, la pregunta que el lector estará obligado a hacer es: ¿cómo logró él sustraerse aunque sea por un minuto —el minuto que le llevó escribir esa proposición—, cómo puso entre paréntesis ese dispositivo totalitario para poder ver que todos los otros estábamos sobredeterminados por algún dispositivo? ¿Y *su* dispositivo? ¿O él no habla desde ningún dispositivo? Nuestra crítica es realista porque tratará de vincularse con el dispositivo para pensar las características del dispositivo: ni defenderemos ni discriminaremos al porno. Constataremos a lo sumo si funciona o no.

Por último, nuestra crítica es realista no porque capte la realidad tal cual es (aunque por supuesto que esta presunción está; habría que considerar a Kazimir Malevich un pintor realista en este caso), ni porque valore como positivo lo que el imaginario social condena como amoral: es realista porque trataremos de renunciar a cualquier sentimentalismo —incluso a los sentimentalismos anticapitalistas que militan por vidas saludables (no puede dejar de llamarnos la atención que prácticas culturales, políticas y sexuales que colisionan de frente en una guerra a muerte peleen sin embargo por alcanzar los mismos objetivos o efectos: la felicidad, la liberación, la reconciliación, el goce de los seres humanos).

El código y la convención realistas que profesamos y por las que accedemos a la realidad deberían descubrirnos en nuestra impotencia, en nuestra frustración, en nuestra prepotencia, es más: el objetivo consistiría en acentuar esas sensaciones (des) agradables como para ampliar nuestros horizontes de goce, enfrentarnos con nosotros mismos en una política de destrucción y superación de nuestro mundo acomodado. Hay un acuerdo entre los críticos culturales y los historiadores del arte en lo que se considera “realista” en una coyuntura histórica y social determinada: se define por una serie de decisiones políticas antes que estéticas, se trata de un tipo de codificación deter-

minada. Todo signo es político. Hay un realismo postmoderno *artístico* que es irónico, sobresaturado y pantagruélico, pero es un concepto de realismo muy acotado: no llega a las masas; el auténtico realismo de masas tiene como presunción el no creer en nada que no pueda registrarse y chequearse en una pantalla. Nos atenemos en la definición a cierta perspectiva semiótica de realismo que lo considera un concepto relativo: un signo rupturista en un momento que en otro momento se vuelve “realista”, ya que cambia el código de percepción de la realidad como también el de la percepción de la representación de la realidad. En ese cambio se instituye la decisión política. El código de normalización de un signo, su *convertirlo* en signo de la realidad, está sobredeterminado por la representación estándar o hegemónica que tiene una sociedad en una época histórica específica —lo que no significa que de aquí concluyamos que existe una diferencia *real* entre un signo natural (la imagen, supuestamente) y otro convencional (la palabra).

Para cumplir nuestra tarea empezaremos definiendo qué se entiende por pornografía, para luego ir desgranando en un trabajo crítico sus elementos constituyentes, separando los meros comentarios o interpretaciones periodísticas de su núcleo de verdad. Nos veremos llevados a un punto casi ortogonal al que nos proyectan los prejuicios con los que arrancamos. La nuestra es una filosofía de la superficialidad —¿acaso hay algo más superficial que la pornografía? ¿algo con menos significado?—, una sofía. La filosofía, el amor al saber, buceaba en la profundidad cuando la esencia se ocultaba, se retraía, se velaba; pero el siglo XX fue el tiempo en el que la filosofía excavó toda profundidad y colocó a la verdad en la vidriera conceptual más iluminada. Se oferta al final de temporada. Vivimos en el otoño del siglo XX todavía. Lo que encaramos no es un problema de conocimiento, es un problema de afectividad y de intensidad.

La reflexión que emprendemos puede desestimarse por que no sólo no consideramos al ser humano como un ser libre que se enfrenta a *n* cantidad de opciones y elige la que más le convenga, sino que ni siquiera creemos que con su voluntad alcance para transformar el mundo y la historia. Quizás en otra época esto fue posible, lo dudamos igual, pues si fuera cierto concluiríamos que alguna vez el ser humano pudo planificar y elaborar la historia y su propia vida en términos instrumentales, lo que refutaría de un plumazo precisamente aquello que se pretende demostrar. Como sea, ya no estamos en condiciones históricas de subordinar la existencia del universo ni el devenir de la historia ni la disponibilidad de las cosas, los instrumentos, la naturaleza y el resto de las especies vivas a un ser que tiene sus días registrados y su fecha de vencimiento. Individuo no remite ya solamente al sujeto humano. Lo que entendemos por individuo humano —es decir, nosotros mismos— es el documento vivo de un modo de existencia, de un esquema afectivo y una sensibilidad que está llegando a su fin.

Para que un pensamiento abstracto como el que aquí practicamos tenga sentido requiere que transgredamos los límites autoimpuestos por la filosofía, y que probemos ideas improbables. Si existieran, estos pensamientos pertenecerían a lo que nos gustaría llamar la sofiaficción, un saber específico de la imaginación. ¿En qué consistiría una sofiaficción? Una ficción conceptual filosófica sin resabio de humanismo. Cuando la sofiaficción madure y organice un campo de saber propio posiblemente prescindiera del libro tal como lo conocemos hasta el día de hoy, y las ideas, los pensamientos y las aporías que caracterizan su saber se verían encarnadas en imágenes. Una suma de spots conceptuales, un volumen de pensamiento desplegado al ritmo del videoclip o de las tandas publicitarias. A la disciplina propia de este régimen de saber le damos el nombre de pornología, una ciencia o lógica del porno. La pornología

será la disciplina modelo en el nuevo paradigma del saber que recién estamos inaugurando.

Por último digamos que el presente libro es el desprendimiento de otro anterior. Será una especie de segundo tomo de una serie que arrancó con *Fraude. La experiencia de la verdad en la época de la reproductibilidad mediática*. Son variaciones de un tema recurrente interpretadas con la pasión de comprender lo obvio (el Glosario que cierra la presente edición, escrito junto a María Florencia Marciani, tiene la función de facilitarle al lector la comprensión de conceptos que quizás no están del todo desarrollados en el cuerpo del libro, o que se despliegan de manera fragmentaria). El espíritu que nos alienta sigue siendo humanista, no podría ser de otro modo, pues si renunciaríamos a pensar *de modo humanista* las interpretaciones se volverían risibles, mamarrachos sin sentido, cacofonías y repeticiones *ad infinitum*. Eso sí, nos hubiera gustado que fuera un libro no profundo, en todos los sentidos del término, un libro de lectura fácil que se desplegara como un cuadro conceptual, todo sobre la misma superficie (no una página detrás de otra). Pero como comprueba el lector, no lo logramos. A lo sumo pudimos fragmentar el texto en tantas partes como consideramos factible hacerlo. Cada parte se vincula con el resto como el hígado se vincula con la pierna o la nariz con la aorta. Posiblemente hubiéramos podido seguir fragmentándolo hasta reducirlo a meros aforismos, a polvo tartamudo o a silencios evidentes. Pero en contra de los tiempos audiovisuales que corren elegimos el argumento.

El argumento razonable es la marca de identidad del humanismo. Nos gustaría definir *nuestro* humanismo. Exige algo así como una redefinición radical de lo que consideramos ser humano. Para empezar diríamos que desde siempre éste constituyó un derivado de los artefactos técnicos y de los medios de comunicación; en un momento histórico determinado imaginá-

bamos al hombre como el hacedor de estos artefactos, y a los medios, herramientas y máquinas como extensiones de sus capacidades productivas y comunicativas. Tal vez fuera así. Ahora esta fantasía está llegando a su fin. Hoy ya es moneda corriente imaginar al ser humano como un ensamblador o un nudo de interconexión especial de las máquinas informativas, una plataforma de despegue de los medios de vinculación de masas, entre los cuales se cuenta él mismo. La excepción que se otorgó a sí misma la especie humana está siendo revocada por sus propios inventos de comunicación masiva. El engaño radica en que seguimos imaginando que son *nuestros* inventos, que nosotros inventamos los aparatos, aunque luego los aparatos se insubordinen. Primero fuimos capaces de imaginar que el concepto de individuo no remitía sólo al ser humano, como se había considerado desde siempre. Las cosas, los artefactos técnicos, las máquinas, los aparatos cumplen funciones de individuo tanto como el ser humano. Y el ser humano cumple funciones técnicas tanto como lo hacen las cosas, los artefactos técnicos, las máquinas y los aparatos. Por ahora la relación sigue fundándose en el combate y la desconfianza, en la subordinación y el dominio, pero cuando volvamos a comprobar una vez más nuestra impotencia y nuestro fracaso en esa lucha, tarde o temprano deberemos aceptar la complementariedad, la copertenencia y las ventajas del cooperativismo. Esto ocurrirá si antes no se produce una implosión eléctrica, obviamente. Toda esta cultura atiborrada y tan segura de su potencia pende de un hilo eléctrico muy frágil.

Volvamos a decirlo, porque debe quedar claro: no creemos que la nuestra sea una cultura porno —como nos quieren hacer creer tantos comentaristas—, ni siquiera que el porno represente la esencia de nuestro régimen escópico (Fredric Jameson), pues si ocurriera tal cosa no tendríamos la capacidad de discriminarlo. Eso sí, el porno es el horizonte hacia el que se dirige, el que desea, nuestra sociedad.

LA FILOSOFÍA DEL FUTURO

Una de las consignas que hizo famoso a Marshall McLuhan fue la de que el medio es el mensaje: *The medium is the message*. Es una consigna tramposa, porque es atrayente, pero demasiado empírica. ¿Significa acaso que no hay más mensaje en el sentido tradicional del término, como si ya no hubiera “contenidos”, “significados”, historias o diégesis, cuando en cambio todo lo que se ve en las pantallas muestra abundantes contenidos, historias de todo tipo y hasta antagónicas entre sí que sin embargo se suceden unas detrás de otras en el mismo medio de exposición sin ningún tipo de problema? Se trata de un problema de código.

La Era de la Técnica consuma la liberación de todo lo registrable y exponible: todo, cualquier gesto —una boleta de lavandería foucaultiana mamarracheada, unos calzoncillos—, es pasible de quedar archivado, es decir de convertirse en información. De hecho ¿cómo vamos a pensar que no hay más mensaje en el sentido contenidista del término (ya que el medio, que es antfigurativo, se habría vuelto el mensaje) cuando pareciera no haber escena de la vida cotidiana que no sea una